

# «Cyrano de Bergerac», ópera

LUIS MONREAL Y TEJADA

**Cerrado temporalmente por obras el Bolshoi, la temporada veraniega en Moscú ofrece como máximo acontecimiento la actuación en el Teatro Viejo de una de las organizaciones musicales más complejas e interesantes de Europa: el Teatro Académico de Opera y Ballet del Estado de Estonia. Podríamos decir que es una institución dedicada al espectáculo musical en su integridad, en todas sus posibilidades.**

Tiene su sede en un hermoso edificio neoclasicista, en la ciudad de Tallinn, la capital de Estonia que en nuestra Geografía de bachillerato se llamaba Reval. Allí comenzó su labor filarmónica, en 1865, un grupo selecto de aficionados, que hasta 1906 no habían de constituirse en teatro profesional. Su admirable perseverancia ha sobrevivido a todas las peripecias políticas y belicas que el pequeño país ha soportado durante la primera mitad de nuestro siglo.

Y hoy es un espléndido foco artístico, que actúa como una academia y posee los elementos y recursos necesarios para ejercer la totalidad de los géneros musicales: el concierto sinfónico, de cámara, vocal y coral, la ópera, la opereta y el ballet. El secreto de su amplísima programación consiste indudablemente en manejar el conjunto con tanta disciplina como flexibilidad para que cada instrumentista, cada cantante, cada bailarín, ocupe en todo momento aquel lugar en que pueda ser más útil. Para dar una idea de sus asombrosos medios, tomemos las cifras de componentes del elenco, tal como se publicaba el año pasado.

El equipo de dirección artística consta de treinta y dos personas, más nueve directores de las diversas secciones escénicas; cuarenta y dos son los solistas de ópera y comedia musical, mientras hay cincuenta y siete voces en el coro; diecinueve bailarines solistas más cuarenta y seis en el cuerpo de baile; por último, setenta y siete profesores en la orquesta. La plantilla se completa con un equipo administrativo para dar un total de casi trescientas personas adscritas al Teatro de Estonia. Insisto en la versatilidad con que todos estos elemen-

tos se aplican a tareas diversas para conseguir una insólita variedad de géneros y de repertorio.

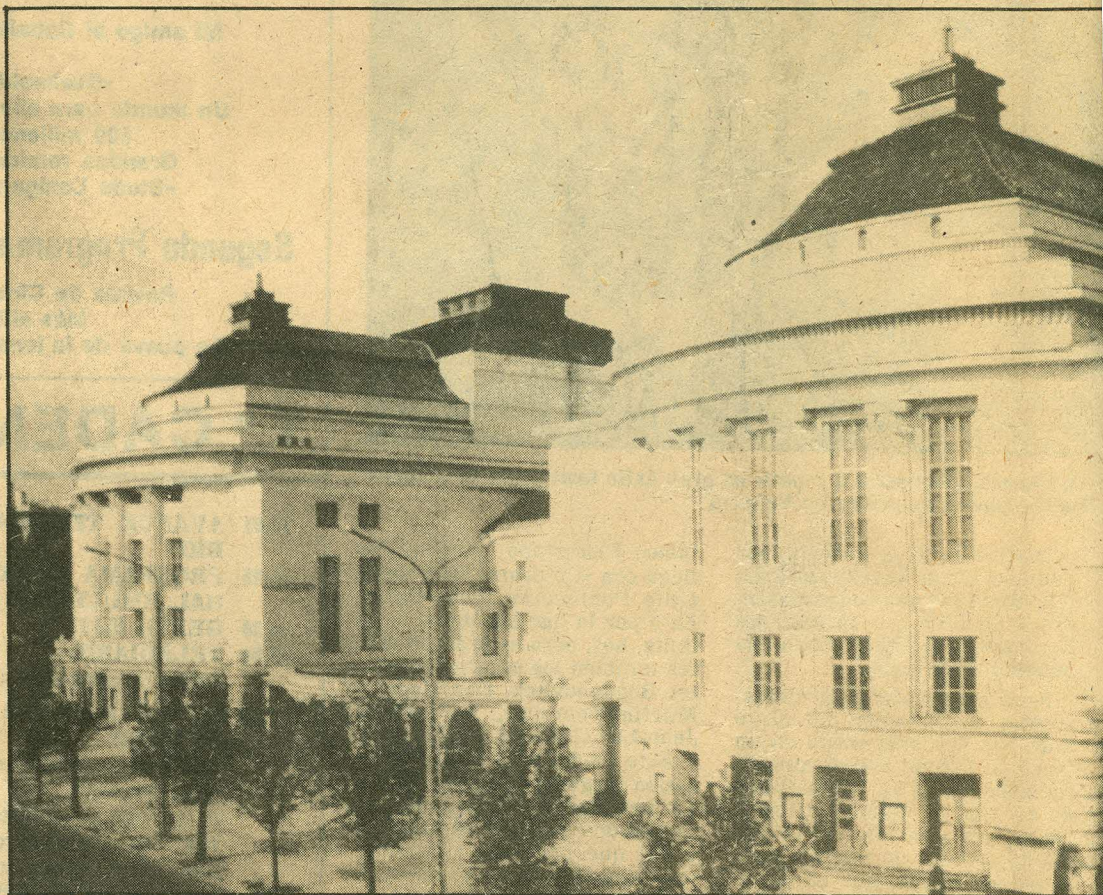
En Moscú han actuado los de Estonia buena parte de los meses de julio y agosto —siempre a teatro abarrotado—, alternando sistemáticamente las funciones de ópera con las de ballet. En danza han presentado desde el «Prometeo» de Beethoven y las «Estaciones» de Vivaldi hasta la

inevitable «Giselle» y obras de Prokofieff y de Shostakovich. El mismo amplio eclecticismo se observa en la ópera, con el «Attila» de Verdi y «Katerina Ismailova» de Shostakovich, entre otras.

Tuve ocasión de asistir a la representación de una obra totalmente nueva para mí y acaso no vista todavía en Occidente: el «Cyrano de Bergerac» del

los cadetes de la Gascuña se convertían en un coro varonil. La emoción llegaba intacta y hasta potenciada por la música a un espectador que conoce bien el Cyrano.

Ignoro qué olvidadas melancolías de adolescencia rondan aún por mi subconsciente, me fuerzan a identificarme con el héroe, me anudan la garganta y



El Teatro de Opera y Ballet de Estonia, en Tellin

compositor estoniano, Eino Tamberg, que el Teatro de Estonia estrenó el 2 de julio de 1976. El espectáculo fue perfecto desde todos los puntos de vista.

El libreto de Jaan Kross sigue fielmente la acción del conocido poema dramático de Edmond Rostand. No importaba, pues, que cantaran en estoniano, ya que se reconocían todas las situaciones y era muy fácil apreciar cómo los sonoros versos de

me nublan los ojos en dos momentos críticos del drama: al pie del balcón de Roxana, cuando Cyrano sacrifica su amor y presta sus bellas palabras al huero y barbilindo Cristián; luego, en el epílogo, cuando Roxana descubre, demasiado tarde, la hondura amorosa y la amarga renunciación de Cyrano.

Pues bien, ni la extraña lengua ni el artificio musical me privaron de estremecerme y ha-

# Bergerac», ópera estoniana

inevitable «Giselle» y obras de Prokofieff y de Shostakovich. El mismo amplio eclecticismo se observa en la ópera, con el «Ati-la» de Verdi y «Katerina Ismailova» de Shostakovich, entre otras.

Tuve ocasión de asistir a la representación de una obra totalmente nueva para mí y acaso no vista todavía en Occidente: el «Cyrano de Bergerac» del

los cadetes de la Gascuña se convertían en un coro varonil. La emoción llegaba intacta y hasta potenciada por la música a un espectador que conoce bien el Cyrano.

Ignoro qué olvidadas melancolías de adolescencia rondan aún por mi subconsciente, me fuerzan a identificarme con el héroe, me anudan la garganta y

cer mía la tristeza del gallardo narigudo. Y es que la música de Tamberg —muy difícil de analizar para quien, como yo, no es un técnico— subraya con insuperable acierto tanto el ambiente como los valores expresivos de la obra de Rostand.

A mi juicio y torpemente explicado, habría que distinguir entre la estructura orquestal y

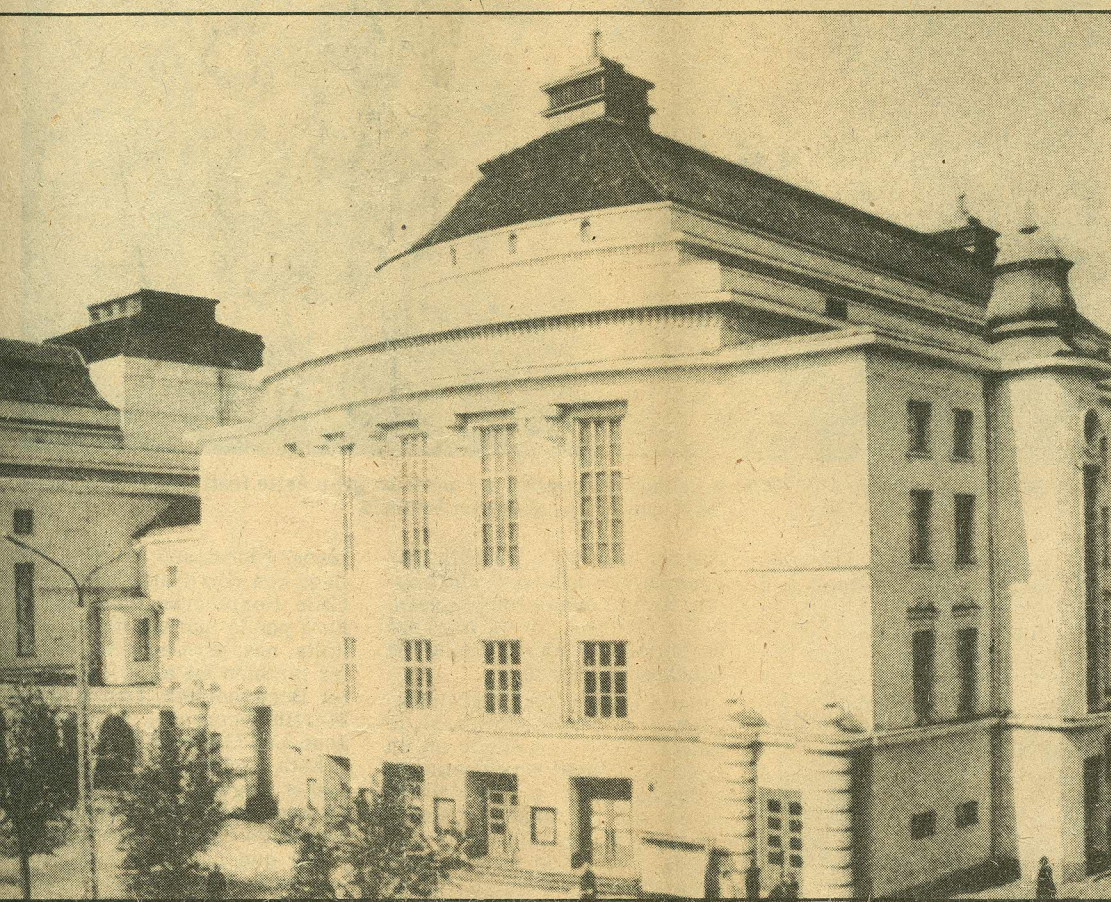
ese siglo XVII en que llega a su apogeo el movimiento estético que se ha dado en llamar «Clasicismo francés». El mérito sobresaliente de la extensa partitura consistirá, a mi parecer, en la identificación con el sentido y las circunstancias de la acción dramática, manteniendo a la vez una inconfundible y dignísima modernidad.

No estoy seguro de haberme hecho entender por el lector, pero si quisiera hacerle participar del entusiasmo que en mí suscitó el conjunto del espectáculo.

En el cuadro de cantantes no había divos, pero todos ellos disponían de recursos vocales más que satisfactorios para dar a su actuación un excelso nivel. Destacaba por su sostenida labor y por sus excepcionales facultades histriónicas el barítono Voldemar Kuslap en el protagonista. Por cierto, una curiosa prueba de la habilidad del compositor Tamberg es la tesitura en que, sin agobio, hace cantar a Cyrano en la famosa escena del balcón para justificar el que Roxana confunda la voz del barítono con la del tenor Cristián, incorporado por Rostislav Guriev, otro excelente cantante y actor. Deliciosa de timbre y de gesto estuvo Anu Kaal en el tierno papel de Roxana. Completaba el magnífico cuarteto el bajo Ervin Karvet, de gran prestancia encarnando al conde de Guiche.

También me pareció acertada y original la escenografía, con decorados en que unos primeros términos corpóreos y realistas se combinaban con fondos casi esquemáticos, pero de gran sugestión ambiental.

En fin, he creído que valía la pena de dar a los aficionados barceloneses esta breve noticia de una institución tan importante como el Teatro de Opera y Ballet de Estonia, así como de la obra de Elio Tamberg que incorpora, con máximos merecimientos, al repertorio operístico un asunto tan teatral y tan entrañable como el «Cyrano de Bergerac» de Edmond Rostand.



El Teatro de Opera y Ballet de Estonia, en Tellín

compositor estoniano, Eino Tamberg, que el Teatro de Estonia estrenó el 2 de julio de 1976. El espectáculo fue perfecto desde todos los puntos de vista.

El libreto de Jaan Kross sigue fielmente la acción del conocido poema dramático de Edmond Rostand. No importaba, pues, que cantaran en estoniano, ya que se reconocían todas las situaciones y era muy fácil apreciar cómo los sonoros versos de

me nublan los ojos en dos momentos críticos del drama: al pie del balcón de Roxana, cuando Cyrano sacrifica su amor y presta sus bellas palabras al huero y barbilindo Cristián; luego, en el epílogo, cuando Roxana descubre, demasiado tarde, la hondura amorosa y la amarga renuncia de Cyrano.

Pues bien, ni la extraña lengua ni el artificio musical me privaron de estremecerme y ha-

los temas cantados. Aquella es muy moderna y muy libre, construida sin prejuicios y también sin extravagancias, de una ejemplar solidez. En cambio, el canto, a pesar de su riqueza melódica, es sencillo y diáfano, como informado por un espíritu antiguo, por una tradición culta.

Se nos antoja de una adecuación magistral al tiempo y lugar en que se desarrolla la acción, a